

LOS SUCECOS

Suscripción en toda España, 5 pesetas al año. Idem en el extranjero, 8 fr.

Toda la correspondencia debe dirigirse al Apartado de Correos 347.

LA VIDA EN BROMA

¡Viajeros al tren!...

Creíamos que con motivo de ser tan fresco el verano, serían contadas las personas que este año salieran de Madrid. Pero nos hemos llevado un chasco muy grande, aunque no tanto como el que se llevaron los que fueron a la rifa de "El Imparcial".

La gente ha salido de la corte, yo creo que en mayor número que otros años, no sé si por las facilidades de los "botijos", o por no quedarse aquí con Fernández Llanos.

Entre los que viajan por cuenta propia y los que lo hacen a costa de alguna Empresa, como los lectores de "La Tribuna", son unos cuantos miles de madrileños los que han abandonado la coronada villa para irse a villas menos coronadas... de espigas y a poblaciones más costeras y menos costosas que Madrid.

Los trenes baratos, aunque incómodos y lentos, como negociación franco-española o como nuestra administración pública, permiten a los que no son potentados y sí carboneros, empleados, peluqueros, industriales y menestrales, el lujo de veranear en una playa y tomar baños de mar, cosa que antes no hacían más que los mimados de la fortuna y las tiples de Apolo.

Hoy lo mismo tropieza usted en la Concha de San Sebastián con la marquesa de Squillache que con un vecino mío que compone fosforeras y paraguas.

Las playas se han democratizado; los "botijos" han transformado la vida veraniega, y hasta mi portera, que no sabía lo que era una playa, ni una ola, ni un falucho, se baña todos los años en la de Alicante. Lo que no sé yo es cómo, inmediatamente, no declaran sucias las procedencias de aquel puerto.

Este año se llevó a una vecina viuda, que temía ir sola, porque es muy llamativa y no tiene confianza con los "botijistas" ni con el conductor. Yo no sé por qué, pero sus razones tendrá.

Ambas cuentan y no acaban de lo que se han divertido en el trayecto, por haberlas tocado buenos compañeros, y en la playa, en donde la viuda llamó la atención por sus formas, que son superiores... superiores a las de muchas cupletistas.

Han estado todas las noches en la

Explanada, paseando entre palmeras y los arcos de bombillas eléctricas y rodeados de alicantinos, que decían encarándose con la viuda:

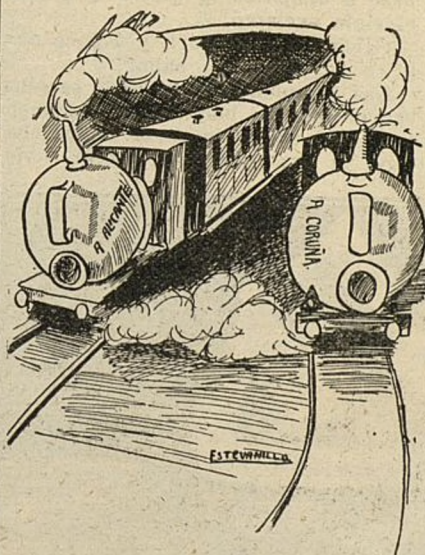
—¡Ché, qué ferramenta!... ¡Así es millor que la mel!"

Y luego, dirigiéndose a mi portera, añadían:

—¡Vivan los botijos!...

La verdad es que los alicantinos podrán no querer a Canalejas, pero a las madrileñas guapas que van a sumergirse en aquellas playas, las jalean y adoran, aunque vayan acompañadas de un carabiniro, como es la "señá" Remedios.

La afición a los viajes de verano cunde, como se ve; ya es una moda como la de los cupones, aunque más higiénica, y si sigue propagándose.



como es de esperar, dentro de pocos años cuando lleguen estos meses de calor, nos vamos a quedar solos los mangueros de la villa, cuatro guardias municipales y un centenar de vecinos para que el Ayuntamiento no tenga que cerrar los Jardines del Buen Retiro, después del gasto hecho. ¡Sería un desencanto para la Comisión!

Y los que aquí nos quedemos, por imponérselo el deber, envidiando la suerte de los que se van, haremos viajes en nuestros tranvías "botijos", beberemos agua de los antiguos viajes, y presenciaremos los "viajes" que los chulos de navaja dirigen a las mujeres que no les quieren.

¡Porque, eso sí!... Para estos viajes no hay que moverse de Madrid.

¡Ni se necesitan alforjas!

F. ROIG BATALLER.

ESPAÑOLES VERANIEGOS

Aguas que tomanos.

El conde de Romanones, que es rico y noble de cuna, y hombre de muchos millones, se está dando chapuzones en Fortuna.

Barroso, desde el fatal incidente de la plancha ratonera-electoral, a bañarse va al Canal... de la Mancha.

El ministro de Marina, a fin de no naufragar, se remoja en una tina colocada en su cocina... ¡lejos del mar!

García Prieto, después del "sobo" ibero-francés, se baña en agua de rosas, cabeza, manos y pies y otras cosas.

De Navarro Reverter no se sabe por hoy, nada, pero, en caso de beber algún agua, debe ser de Burlada.

Del ministro de Instrucción no hay uno que el rumbo trace, mas "pa mí" que está en Sobrón... pues maldita (con perdón) ¡la falta que hace!

El alcalde, en la Alcaldía, lejos de playas y mares, toma, para su afonía, las llamadas de "Solares"... ¡de la Gran Vía!

Canalejas, que paciente toda adversidad aborda, no ha tomado, hasta el presente, más agua que la corriente... ¡que es la gorda!

El jefe de Policía, que maneja aquí el cotarro, no se baña más que el día que la Prensa le echa un jarro de agua fría.

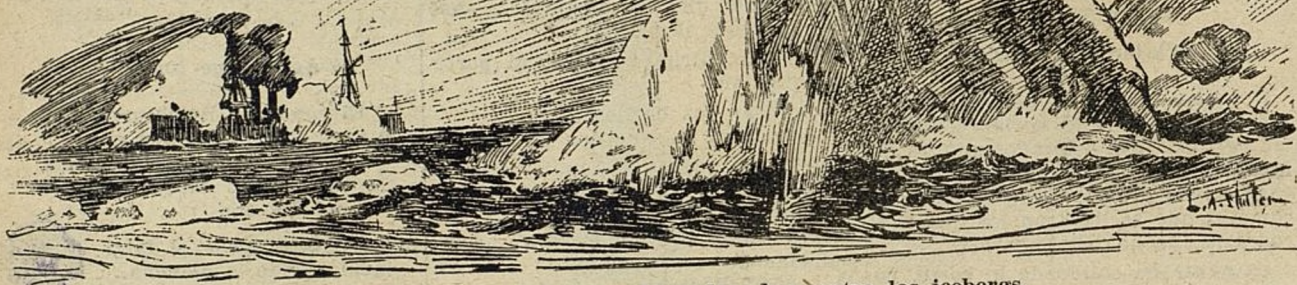
Y Maura, que algunos ratos se ha bañado en sangre aquí, pasa unos meses muy gratos lavándose por ahí las manos, como Pilatos.

Y mientras sin regomello, ellos viven de ese modo hallándolo todo bello, todo el país, ¡todo! ¡todo!! ¡¡¡Todo está con agua al cuello!!!

PIO GRACO.

Ayuntamiento de Madrid

:: A cañonazos con los icebergs.



El "Birmingham" disparando andanadas contra los icebergs.

La batalla con las montañas de hielo, llaman los periódicos yankis al cañoneo sostenido por el buque de guerra de la marina norteamericana con unos terribles icebergs en los primeros días de Julio.

Como nunca estas enormes masas de hielo se han encontrado en grandes proporciones á latitudes muy bajas y en épocas del año muy adelantadas, no tendrá nada de particular que todo eso influya á que no tengamos verano y hayamos estado tiritando en plena canícula.

Una desgracia parecida á la del "Titanic", pudiera haber ocurrido al aviso yanki "Birmingham", que estuvo á punto de ser echado á pique por dos enormes icebergs.

Poco después de la horrible desgracia del magnífico trasatlántico, que emocionó al orbe entero por su magnitud, el Gobierno yanki envió á los avisos de su armada Birmingham y Chester á inspeccionar las rutas marítimas y avisar el peligro á los buques mercantes. Esta precaución se debió á la Prensa y en particular á la agitación que se promovió á raíz del desastre del "New York Herald".

En su excursión, los buques encontraron verdaderos bancos de icebergs, cubriendo una extensión mucho más grande que la indicada por las cartas hidrográficas.

El "Birmingham" fué el encargado de señalar la exacta posición de cada uno de los icebergs que amenazaban las rutas de los trasatlánticos.

Al llegar el 28 de Junio, una espesísima niebla cubrió el océano, y durante cuatro días el servicio de exploración se hizo imposible. El aviso recorría las aguas con el mí-

nimum de marcha, sonando la sirena día y noche, mejor dicho, durante aquella noche de cuatro días.

El 3 de Julio por la mañana empezó á disiparse la niebla, y á poco el vigía exclamó:

¡Hielo por estribor!, y á poco otro grito de: ¡Hielo á babor!

Las dos montañas de hielo se echaban encima del buque. Inmediatamente se dió orden de parar la marcha, pero ya era tarde. Apenas si tuvie-

aquello? ¿Había guerra? ¿Con quién?

Los artilleros cargaron los cañones, y el "Birmingham" virando en redondo, se aleja á un kilómetro de distancia del mayor de los icebergs.

—Ese bloc de hielo—dijo el capitán—nos podía haber hecho pedazos. Ahora vamos á ser nosotros quienes le hagan añicos.

Como si fueran á entrar en un verdadero combate naval, se cargaron los cañones y sus bocas se dirigieron á las enormes montañas de hielo.

A los mil metros de distancia, el capitán dió orden de hacer fuego.

Sonó el estampido, salió una llama, una humareda, ruido de algo que se desmorona, y del iceberg salieron enormes pedruscos lanzados al aire, que volvieron á caer en el agua, levantando surtidores.

El iceberg, sin embargo, permanecía impenetrable.

El cañón de diez centímetros volvió á disparar, y una nueva lluvia de hielo salpicó las aguas del Atlántico.

El "Birmingham" viró,

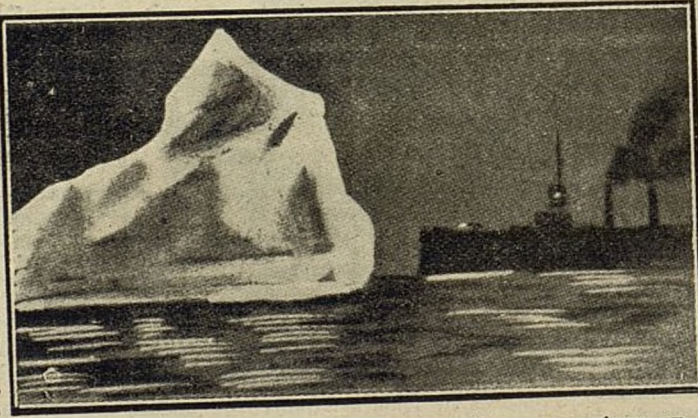
y todos los cañones de estribor apuntaron á la enorme montaña de hielo, y se soltó la andanada.

Muchos de los proyectiles abrieron boquetes en el hielo, horadando el témpano de parte á parte, pero la mayoría hicieron levantar verdaderos geisers, como si el iceberg se hubiera convertido en un volcán de hielo.

El aviso se fué acercando, y los cañones de menor calibre, los de repetición, siguieron haciendo fuego sobre la mole helada.

Cada disparo era seguido de hurras y vivas de la marinería, que, entusiasmada, disparaba con ardor, como si trataran de defenderse del ataque de un torpedero.

El iceberg quedó destrozado, mas no deshecho.



Acometido por un iceberg el buque tiene que virar en redondo y salir huyendo.

ron tiempo de enfilar la proa y pasar por el boquete que dejaban entre sí las dos montañas de hielo. Un movimiento en las aguas, un tropezón con cualquiera de aquellos dos colosos, hubiera hecho añicos al buque. Había menos de ochenta metros entre los dos icebergs.

—Es necesario quitar eso de enemigo; ni nosotros estamos seguros en estas aguas, ni es justo que dejemos ese peligro en el camino de los otros buques.

Habría que correr el riesgo de ser machacado por una de aquellas moles de hielo en la obscuridad de la noche, ó deshacerlos.

El capitán dió la orden y se tocó zafarrancho de combate.

La tripulación, asombrada, acudió presurosa á sus puestos. ¿Qué era

Los sabios, reunidos en Londres, quieren mejorar la raza

Sabios de todo el orbe reunidos en Londres en Congreso Eugenérico, esperan que con el tiempo, y gracias á los medios científicos que tienen en estudio los habitantes del planeta tierra, han de ser el ideal de una raza.

Los destinados al airoso deporte de la pelota, tendrán fuertes y anchas manos; los dedicados al brutal boxeo, tendrán anchas espaldas y puños grandes como mentiras. A los niños que se les quiera hacer grandes banqueros y financieros, se les conocerá por el gran desarrollo del apéndice nasal, de forma hebrea, parecido al pico de las aves de rapiña.

El tipo del filósofo, del hombre de ciencia, se distinguirá por el inmenso desarrollo de



Colección de ejemplares de la raza humana después de llevadas á cabo las decisiones del Congreso Eugenérico.—En primer lugar el ideal del pelotari; siguen el del boxeador, el del banquero, el del sabio, el del ratero, casi invisible, de largas manos, y, por último, el del furibundo orador de mítins.

la cabeza, con doce ó catorce kilos de masa gris.

Los ladrones y rateros están caracterizados por ser sumamente diminutos y por el largo desarrollo de los brazos.

Injectando un suero especial, se obtendrán oradores públicos y directores de mítins, y tendrán por caracteres: glotis muy desarrollada, lengua larga, boca enorme y mucho desahogo.

Este suero ha sido pedido en grandes cantidades para mandárnoslo á España.

Con las decisiones del Congreso Eugenérico y el uso de la adrenalina para procrear hijos varones ó hembras, á elección, el mundo entero será dentro de poco más que una Jauja un Paraíso.

¡Alegría!

Fuera pesares,
fuera tristezas,
mueran los tedios;
las caras serias
truéquense alegres;
que risa fresca
salga á los labios
porque hay verbena.
¡Venga jarana!
¡Jaleo venga!

Que á la guitarra
manos expertas
arranquen tangos
y malagueñas,
y soleares,
y peteneras,
y seguidillas,

y jotas nuevas.
¡Venga jarana!
¡Jaleo venga!

Que la garganta
de niña bella
cante una copla,
dos ó doscientas;
copla que exprese
la dicha inmensa
que el alma siente
si amor la obsequia.
¡Venga jarana!
¡Jaleo venga!

Que del manubrio
las habaneras,
vales y polkas
en raudas vueltas
hagan que giren
cien mil parejas
de balladores,
felices ellas.
¡Venga jarana!

¡Jaleo venga!

Que los columpios
vayan y vuelvan;
ande el tío vivo,
las bicicletas,
montañas rusas,
todo dé vueltas,
¡que alegre todo
bullir se vea!
¡Venga jarana!
¡Jaleo venga!

Dancen las botas
de vino Menas;
rueden los coches
á la verbena;
venga un churrito,
un matasuegras
y una morucha
cañi de veras.
¡Venga jarana!
¡Jaleo venga!

MANUEL MORAGA.

EN BUSCA



Yo no aguanto más esto—dijo un día, por fin—;
Voy á San Petersburgo, y ahí te quedas, Berlín.
Mas en cuanto llegó fué seguida su pista
Por un agente oculto del partido nihilista.

Era muy necesario que un nihilista elegante
Se hiciera de la viuda el novio ó el amante,
Y conquistar al punto, veloz, sin dilación,
De la linda viudita dinero y corazón.

Fué Nicolás Bombasky el joven elegido;
Guapo, elegante, fino, nihilista decidido,
Quien por su bella estampa, le fué fácil lograr
A la bella señora muy pronto interesar.

Su mirada era tierna, era suave, meloso,
Tierno, casi infantil; sería un buen esposo;
Pero era un gran hipócrita, y, con habilidad,
Ocultóle á la viuda la terrible verdad.



DE MARIDO



Yo quiero, le decía enamorado un día,
que me des una prueba de amor, querida mía;
Quiero que á nuestra Causa te unas de corazón;
A la gran Causa hermosa, santa, de redención.

A un mitín fué llevada. "Aquí tenéis la estrella"
Dijeron. ¡Hurra! ¡hurra! ¡viva! que ha de ser ella
La que, con su osadía, haga pronto volar
¡En mil y mil añicos al tirano del zar!

¡Al zar!, la pobre exclama. Esto ha sido un engaño.
Ni al zar, ni á rey ni Roque, he de hacerles yo daño.
¡Dejadme que me vaya, que me causáis horror!
Y cogiendo una bomba, amenaza enredor.

Huyen despavoridos y allí la dejan sola.
Deposita en el suelo aquella infernal bola,
Y sale de aquel antro sin cesar de exclamar:
¡Al menos he salvado la vida de su zar!

FERS.



COSAS RARAS Y NUEVAS

En los Docks Comerciales de Surrey, se declaró un incendio hace



RIO ARDIENDO

pocos días en una barca cargada de trementina. Porque acudieron presurosos los bomberos y á pesar de la ayuda que los otros buques surtos en el puerto le prestaron fué imposible dominar el incendio. El líquido inflamado se desbordaba y corría por encima del agua, haciendo el efecto de que eran las aguas las que ardían.

Con gran trabajo se pudo conseguir que el incendio, las olas de fuego, no alcanzaran á los otros buques.

En nuestro grabado se ve la espesa humareda producida por la combustión de la trementina.

Convendría imitar á algunas ciudades del extranjero, por ejemplo, á Windsor.

Si los españoles fuéramos á poblar la poética ciudad del Támesis, el Erario público estaría pronto rebosando. Toda blasfemia, toda palabra malsonante, grosera ó sucia, está prohibida, y el que la dice castigado con multa, multa en metálico, de la que no le libra ni la Paz ni Caridad.

Aquí también se multan, pero eso está escrito, sin que se lleve á cabo; por lo menos oímos treinta ó cuarenta ternos, cincuenta ó sesenta groserías y el doble de burradas y frases mal olientes en una hora de paseo por cualquier calle de la villa y corte.

Tiveston también nos sirve de modelo. En esa culta ciudad se prohíbe hablar en voz alta en la calle y gritar aun en el domicilio propio, y tienen muchísima razón, pues la mala educación de hablar á voces y el pésimo gusto de hablar en calles y tranvías para que se entere todo el mundo de lo que no le importa, y á la fuerza se lo hacen oír, debiera aquí, que tanto se abusa de la voz, castigarse con unas pesetas de multa.

En cambio aquí se les ponen mil inconvenientes á los organillos, que, al fin y al cabo, sus acordes no son del todo desagradables; bastante más lo son las feas, disonantes y molestas tocatas de las bocinas musicales de los automóviles.

Creo que no hay ninguna ciudad cuyo Municipio se haya ocupado de los bastones.

¿No sería un ingreso que se pusiera un impuesto de 40 ó 50 pesetas al año por usar bastón?

Y si se perdía la costumbre de llevarlo, ¿no sería un gran adelanto?

Porque no hay más que fijarse un poco para convencerse de que son poquísimos los que lo saben llevar. Creen que toda la calle es de ellos ó del bastón; hacen molinetes, vaivenes, balancines; molestan al que va un metro delante de ellos y un metro detrás, al de la derecha, al de la izquierda, á todos.

No sería tan desacertado poner un impuesto sobre los bastones.

Algo más raro es lo que sucede en una ciudad alemana, de nombre imposible de pronunciar, donde no se permite estornudar en la calle.

En Inglaterra acaban de pagar seis mil y pico de duros por una criaturita que acaba de llegar de la India. La criaturita es un jovencuelo rinoceronte.

Es Inglaterra el país donde con más frecuencia se encuentran lugares que llevan nombres bíblicos.

Seis lugares llevan el nombre de Jericó; cinco, se llaman Paraíso, y tres veces se encuentran en el mapa de Inglaterra los nombres de Nínive, Monte Sión, Monte Ararat y Monte Epain. Por último, hay un bosque apellidado Calvario, y una cuesta de Jordán.

El vapor de nuestro grabado, es el "Kaiser Friedrich", que hace doce



DOCE AÑOS ANCLADO

años no navega y no porque esté deteriorado ó la compañía no quiera utilizarlo, sino por uno de los peores males que se pueden tener en tierra y en mar; por estar metido en un pleito.

Doce años anclado en el puerto de Hamburgo, mientras unos abogados decidían si el vapor pertenecía á Juan ó á Pedro.

Por fin, y al cabo de ciento cuarenta y cuatro años, el tribunal ha considerado que el pobre buque había cumplido la condena; se han llevado anclas, se han soltado las amarras, se ha vendido la nave y ha salido ya con rumbo á la Argentina.

Las diez muchachas cuyos retratos damos en estas columnas, acaban de



ENCANTITOS

ingresar en el palacio imperial de Seul, Corea, y forman parte de la servidumbre del Emperador.

Tienen la misión de bailar delante del Emperador y entretener su aburrimiento haciendo piruetas, saltitos y contorsiones, y todas ansan recibir el título de "Encantito".

Cuando alguna de las bailarinas se distingue de las demás por sus primores en la danza, por su gracia en los movimientos ó por una figura nueva, el Emperador les da un golpecito en la cabeza con su abanico y les confiere el título de "Encantito" que es premio más ambicionado de las bailarinas de la casa imperial coreana.

Llevan un curioso atavío, del que llaman la atención las amplias y larguísimas mangas de seda de colores, con las que hacen serpentinas, círculos y espirales al mover los brazos en la danza.

En Nueva Orleans, Estados Unidos, está vigente una ley que prohíbe á las señoras, bajo severa multa, llevar agujones largos en los sombreros. Todo agujón que sobresalga más de una pulgada de la copa, es decomisado y la dueña obligada á pagar multa.

Todos los años se celebra en un pueblo de Inglaterra, llamado Evesham, una notable feria de espárragos.

En la última primavera ganó el premio un magnífico manajo de colosales y tiernísimos espárragos que pesaba veinte libras, y que fué comprado por un feliz gastrónomo, por el precio de cincuenta y dos duros oro.

En un buque de guerra que cueste unos once millones de pesetas, cerca de seis millones se los lleva el casco ó obra muerta; tres millones y medio las máquinas, y cerca de dos en los demás menesteres.

En la inmensa ciudad de Londres hay más escoceses que en la ciudad escocesa de Aberdeen; más irlandeses que en Dublín, la capital de la verde Erin; más judíos que en Palestina y más católicos que en Roma.



EL MISTERIO del tren ESPECIAL

NOVELA ADAPTADA DEL INGLÉS EXPRESAMENTE PARA "LOS SUCESOS"



tengo ciertos privilegios excepcionales debidos á mi situación; dentro de poco tiempo ya no estaré con ustedes. Mis días están contados.

Se dirigió hacia el invernadero exclamando:

—Muy bien, me parece muy bien. Por lo visto tengo que ser como todos los demás; tengo que mimar al niño. ¿Cómo se ha atrevido usted á venir entre nosotros, hacerse querer y hacernos que consideremos su partida como una tragedia?

El príncipe se sonrió tristemente y replicó:

—En verdad. Sí que hay algo de trágico en éste como en los más simples accidentes de la vida. He sido muy feliz entre ustedes, señorita Penélope. Todos ustedes han sido para conmigo demasiado buenos; me han colmado de atenciones que no merezco. Ustedes han sabido tender un puente que una el abismo que se paraba á idiomas distintos, á costumbres distintas á distintas razas. Mi vida aquí no ha podido ser más agradable.

—¿Y por qué se va usted tan pronto?—preguntó Penélope con voz muy queda.

—Amiga mía, á cualquiera otra persona que me hiciera esa pregunta le contestaría que habiendo terminado mi misión en ésta, el Emperador me ordenaba regresar, y que no me quedaba otro recurso que obedecer al momento; pero á usted sola le voy á comunicar algo más.

Penélope le miró con gran curiosidad; su ansiedad era grande, y bien la retrataba su rostro; se acercó á él alargando el cuello con la boca abierta, los ojos brillantes, como la mujer que va á escuchar algo transcendental de los labios del hombre amado.

—¡Diga usted, hable!—exclamó emocionada.

—Primero, contésteme á esto: ¿Se acuerda usted del día que vino usted con su tía á visitarme en mi casa?

—¡Vaya si me acuerdo!—contestó.

—Le estaba enseñando un estuche—siguió hablando el príncipe.

Penélope levantó el brazo, extendió la mano como queriendo taparle la boca, y gritó más que pronunció:

—¡No, por Dios!, ¡no siga usted! No me hable de aquello; no puedo soportar su recuerdo!

No sabe usted el horror que me causa. ¡Si usted supiera lo que aquello me ha hecho sufrir!

Desvió la mirada, y como quien habla consigo mismo murmuró:

—Muchas veces he pensado en usted y la idea que de mí tenía, y sobre todo qué es lo que de mí ha pensado desde aquel momento.

Penélope no contestó.

—Pronto—continuó diciendo el príncipe—hasta el recuerdo de mí desaparecerá de su vida.

Miss Morse hizo un esfuerzo para contener una exclamación, quiso hablar y no pudo, quiso permanecer impasible y no supo conseguirlo. El lo notó, y siguió diciendo:

—Ya comprenderá usted, Penélope, que me refiero á lo inevitable. Todo lo que ha sucedido, en los asuntos que tenía, en los que tenía que mezclarme, ha tenido que suceder; ha sido lo inevitable. Yo no he podido elegir, y no crea usted que todo esto se lo digo por atraerme su simpatía ó su lástima; nada de eso. Las cosas han sucedido como tenían que suceder. Lo que sí deseo, lo que le ruego, es que después que nos hayamos dicho adiós, adiós para siempre, al acordarse de mí, si alguna vez se acuerda, y de las cosas que han acontecido, piense benévolamente y no juzgue severamente ciertas cosas que usted no puede comprender. Acuérdesse, además; tenga presente, que no somos una raza tan sentimental como la suya, Miss Morse. Nuestras afecciones rara vez se despiertan, y sin embargo, conmigo no ha sido así. En este momento en que la hablo estoy más emocionado de lo que debería.

—Y, sin embargo, se va usted—replicó Penélope.

—Sí, me voy—añadió el japonés, —y por eso quiero que esta sea nuestra despedida. Aparte de las cuestiones que ahora hemos tocado sin nombrarlas, sin citar los peligros que yo corro, he de hacerle saber que dentro de poco en lugar de simpatías tendré las antipatías de la sociedad inglesa. Además, creo que á medida que el tiempo pasa, la unión entre su país y el mío se hace más y más imposible. Por eso quería que nos despidiéramos á solas, y para suplicarle que suceda lo que sucediera, tanto en lo privado como en lo político, de vez en cuando se acuerde de mí con benevolencia y con un poco de cariño.

—Debe usted de estar convencido, cipe—replicó Penélope emocionada—, que no tiene usted necesidad de hacerme ese encargo.

En este momento, se oyeron pasos de un hombre, y Somerfield apareció en la puerta. Al verlos, no supo qué hacer, si entrar ó retirarse.

El príncipe se adelantó hacia él, diciéndole:

—Amigo mío, me estaba despidiendo de miss Morse. He recibido orden por teléfono de partir sin pérdida de tiempo, y, por consiguiente, ya no

puedo prolongar mi estancia entre ustedes.

—¿Qué mal le va á saber al duque su decisión!—exclamó Sir Charles—.

¿Y cuándo se va usted?

—Mañana, probablemente—replicó Maiyo—. Permítame que me retire; el duque me aguarda: le dejo á usted con Penélope.

Hizo una reverencia, y salió del invernadero.

Penélope permaneció sentado sin decir una sola palabra.

—¡Conque, por fin, se va ése!—preguntó satisfecho Somerfield.

—Carlos—replicó Penélope en tono serio—, si nuestras relaciones han de continuar en paz y llegar al término que nos proponemos, le suplico que en la vida hables mal delante de mí del príncipe Maiyo.

—Ahora, como se va—dijo risueño el barón—, se irán con él mis celos.

—No tienes motivo alguno de estar celoso, no conoces á los japoneses—dijo Penélope—. En el corazón del príncipe no hay lugar para dar cabida á una cosa tan privada como la mujer.

El príncipe se encontró con la concurrencia repartida en diferentes grupos.

Lady Grace jugaba al billar con el capitán Willnot. Cuando el príncipe entró la muchacha hizo ademán de dejar el taco, y le gritó:

—¡Príncipe, venga á dar conversación. Ya estoy cansada de este juego estúpido, y me parece que al capitán le pasa dos cuartos de lo mismo.

El príncipe se encogió de hombros, y exclamó:

—Gracias, mil gracias, es usted muy amable; pero ando buscando al duque. Acabo de recibir un aviso telefónico llamándome á escape, y me temo que tendré que dejar á ustedes mañana mismo.

—¡Mañana!—exclamó desconsolada Lady Grace.

El príncipe dió un suspiro.

—Si no es mañana, lo más tarde será pasado mañana; he recibido una orden, y no tengo más remedio que cumplirla. ¿Sabe usted si estará su padre en la biblioteca?

—Sí—replicó la joven—, allí está, con sir Edward y M. Haillaud. ¿Es usted capaz de pasar la última noche charlando de política, de tratados y otras sandeces?

—Me temo que tenga que ser así—replicó Maiyo con aire atristado.

—Es usted la persona más desesperante que he visto en mi vida—le dijo la hija del duque con tristeza.

—Eso es que todos ustedes son demasiado buenos para conmigo—contestó el japonés—. Ustedes me han acogido en su sociedad, como si fuera uno de ustedes, y han querido hacerme ol-

vidar que soy un simple pasante, un extranjero de raza extraña.

—Usted se va, porque le da la gana, porque quiere usted irse, porque se ha cansado de nosotros—le dijo la muchacha, acercándose á él hasta casi tocarle.

—No, por cierto, mi querida amiga; no depende de mí—replicó el príncipe—. Yo tengo un amo á quien sirvo y á quien tengo que obedecer, y cuando me llama, no me queda otro recurso, sino obedecer. Sirvo á mi Patria y á mi Emperador, y todo japonés obedece á esos amos sin titubear, sin que nada pueda detenerles. Decía usted—continuó, cambiando de tono—que su papá estaba en la biblioteca, ¿no es así? Voy á verle, necesitamos hablar.

Hizo un cortés saludo, y se fué, cerrando la puerta del salón del billar.

El capitán, mientras daba tiza al taco, que no había soltado de la mano, decía:

—No he visto jamás un hombre tan raro como el príncipe. ¡Cualquiera le entiende!... ¡Parece que siempre está en otros mundos!

Lady Grace cogió de nuevo el taco, y contestó:

—Quisiera saber qué es vivir en otros mundos.

El capitán la miró asombrado.

—Empiece usted—dijo. Y siguieron jugando.

CAPITULO XXXI Oriente y Occidente.

La biblioteca del castillo de Devenham era una habitación espaciosa con cuatro grandes ventanas ojivales. Las paredes estaban cubiertas por estanterías de madera antigua, que llegaban hasta el techo, cuajadas de libros y legajos. Tenía aquella habitación algo de austero, de monástico. El príncipe, al entrar, vió á los tres que le esperaban sentados en un rincón de la estancia.

—Tengo entendido—dijo al entrar—que querían ustedes hablar conmigo; si no es así, me retiro, pues no quiero ser molesto.

—Nada de molestar; al contrario—replicó el duque—; precisamente, y como usted bien dice, le estábamos esperando. Siéntese en esa butaca y encienda un cigarrillo.

—Por ahora, no; muchas gracias. No acepto ni lo uno ni lo otro. Supongo que querrán ustedes que diga algunas cosas, y cuando hablo, me gusta hacerlo de pie.

El presidente del Consejo fué el que inició la conversación.

Con voz grave, en tono serio y sin circunloquios, dijo al príncipe:

—Es probable que ésta sea la última vez que podemos hablar en privado. Dentro de muy poco tiempo se va usted á su país, y hasta ahora se

puede decir que no hemos cambiado impresiones ni hemos hablado en confianza. Desde luego, que sería más conforme con las reglas de etiqueta establecidas si le dejáramos á usted partir sin hablar de este asunto, y aguardar á las formales comunicaciones de Gobierno á Gobierno, por mediación de los embajadores; pero en este caso, creo que debemos hablar entre nosotros, directamente. Pero antes de empezar, permítame que le haga esta pregunta: ¿Tiene usted, príncipe, algún inconveniente en tratar cierto asunto con nosotros?

—Si hace un mes me hubiera usted hecho la misma pregunta—replicó el príncipe—, le hubiera contestado á usted de distinta manera que lo voy á hacer ahora; pero ya las circunstancias han cambiado. Yo me voy á

asegurar á ustedes que no ha sido por placer, sino persiguiendo un fin. Yo vine á Europa con la misión de estudiante y hacer una Memoria para el Emperador sobre lo que veía y observaba; ver si convendría á mi país renovar el tratado con Inglaterra, ó con qué nación convendría aliarse. Mi opinión formada, he hecho la Memoria y se la he enviado á mi primo, el Emperador; de manera, que ya eso está hecho.

Después de un momento de silencio, el presidente del Consejo de ministros tomó la palabra y preguntó al príncipe:

El informe, según nos dice, ha sido ya enviado al Japón por usted; por consiguiente, dentro de breve tiempo tendremos aquí noticia de lo que resuelva el Gobierno del Mikado. ¿Tiene usted algún inconveniente en hacernos saber la decisión que tomará el Gabinete japonés? ¿Por qué no nos dice usted con franqueza su opinión, lo que usted le ha aconsejado?

—No tengo inconveniente en declararlo—contestó el príncipe—. He aconsejado al Emperador que no se renueve el Tratado con Inglaterra.

—¿Ha aconsejado usted eso?—exclamó el presidente.

El príncipe hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y se hizo el silencio.

Aquella concesión del japonés les dejó anonadados, y ninguno de los tres políticos supo ocultar el desastroso efecto que aquellas palabras habían producido.

El presidente, volvió á hablar de nuevo.

—Príncipe—dijo—. Todos aquí reconocemos su sinceridad. Usted ha venido á juzgarnos, y nos ha encontrado defectos. Díganos cuáles son.

El príncipe suspiró con fuerza, y exclamó:

—Es duro, muy duro para mí tener que hablar con tanta claridad; pero, puesto que así lo desean, sea. Ahora bien; es necesario que cuando les diga lo que yo he visto, tengan presente

que nosotros, los japoneses, vemos las cosas con diferentes ojos. Las condiciones en que ustedes viven y vienen viviendo, hace mucho tiempo les ciegan á ustedes, y es imposible que vean las cosas y las juzguen con imparcialidad. Han vivido ustedes con ellas mucho tiempo, y ya forman parte de ustedes, y su debilidad nacional les ha vendado los ojos de manera que no puedan ver las cosas tales y como son.

—Siga usted, siga usted—dijo Havilaud, interrumpiendo el prólogo.

—He tenido que preguntarme—continuó diciendo Maiyo—he considerado necesario preguntarme cuál era la posición de Inglaterra como poder militar, y la contestación que



mi país dentro de muy poco, y durante el tiempo que he permanecido entre ustedes he recibido tantas atenciones y obsequios, que me creo obligado á hablarles con confianza y decirles ciertas cosas que entre ambos Gobiernos no se hubieran dicho jamás por escrito.

—Pues tenga usted por seguro, mi querido príncipe, que cuanto nos diga se lo agradeceremos infinito—dijo Havilaud.

—Yo creo—continuó diciendo Maiyo—, que la mejor de las políticas es la política verdad, y el mejor sistema la franqueza. Escúchenme, pues, que voy á hablar con toda claridad.

He pasado dos años recorriendo Inglaterra y el resto de Europa, y puedo



—¿En qué se parecen las suegras á las partiquinas?

—En que suelen hacer "muchos papeles".

—¿En qué una habitación obscura á un romo de entendimiento?

—En que tiene muy pocas "luces".

—Pero esto no puede ser una azumbra de leche; abulta muy poco.

—Señora, es que es leche condensada.

—Hay que convencerse de que el vino da fuerzas. Hace quince días compré un pellejo de ocho arrobas y no podía con él, y ahora lo levanto con la mayor facilidad.



—¿Señora, me he caído y me he roto la crisma!

—Todo lo que rompas te lo pienso descontar de la soldada...

—Es usted la persona más tozuda que he visto. Se me ha declarado usted diez y siete veces.

—La tozuda es usted que me ha dado calabazas diez y siete veces.

—Chica, figúrate que nos conocimos en San Sebastián; yo le hice creer que era millonaria y él se las echaba de poderoso, y ha resultado ser el cobrador de la tienda donde nos surtimos á plazos.

—¿Cuál es el colmo de un pastelero?

—Estar entre la "crème".

A LOS FOTOGRAFOS

Como siempre, seguimos pagando todas las fotografías y retratos de actualidad que nos envíen y publiquemos.

Ahora, como siempre, este periódico no tiene preferencias por ningún asunto determinado. Basta que la fotografía sea interesante.

ALFON O FOTOGRAFO
TELEFONO 2569
FUENCARRAL, MADRID.

P - A - S - A - T - I - E - M - P - O - S

SOLUCIONES

á los
últimos pasatiempos.

Al Enigma:

CONDOR

Al ¿Cuáles son los autores de este cantar?

Por más contento que esté

Una pena en mí se esconde

Que viene de no sé dónde

Y nace de no sé qué.

CAMPOAMOR

En el fondo de mi pecho
Tengo penas y muy grandes
Unas las saben los hombres
Otras sólo Dios las sabe.

TRUEBA

El amor que de ti logre
No se lo cuentas á nadie
Que es el amor que se cuenta
Pluma que se arroja al aire.

ZORRILLA

Por una mirada un mundo,
Por una sonrisa un cielo,
Por un beso, yo no sé,
¡Lo que diera por un beso!

BECQUER

A la letra demás:

BICICLETA

Sol cionistas.

D. Emilio Pardal, de Barcelona;
D. Blas Pajares González, de Mesa
de los Pinos; D. Benito Vallé Torres,
de Barcelona; D. Acisclo Martín, de
Bilbao; D. Cándido Daval Suárez,
de Sevilla; D. Alvaro Bilbao, de Ba-
racaldo; D. Faustino Martínez Dual-
de, de Valencia; D. Manuel Aragay,
de San Felú de Llobregat; D. Car-
los Aguado, de Valladolid; D. Ma-
nuel Posada Tapia, de Vigo; D. He-
riberto Vega Polo, de Valladolid;
Iña Rosa Cabeza, de Valladolid.

El Esfinge Ha Hablado

su secreto descubierto por
Mooryss, el Rey Magó, que,
Nuevo Redentor, consuela,
socorre, aconseja, fortifica

Las víctimas de la Suerte.

Todos los que lloran, su-
fren, gimen desesperados por
la fatalidad injusta y cruel,
los que son traicionados y
abandonados por todos.

Envío gratis bonito librito
ilustrado. Escribid M. Moo-
ryss, 16, Rue de l'Echiquier,
Paris.—Sección D.

Regicidios y crímenes políticos.

: La obra histórica más interesante y dramática. :

Cuaderno suelto: Quince cént mos.

Se sirven colecciones de los 44 cuadernos publi-
cados, que forman el primer volumen completo
al precio de

TRES PESETAS

Los pedidos, con el envío de su importe á la
Administración: Libertad, núm. 31.—Madrid.

Iberia-Cines

Fábrica española
de películas cine-
matográficas:

1.ª Casa de este género
establecida en Madrid.

Especialidad en la
confección de peli-
culas de encargo.

Oficinas y laboratorios:
Libertad, 31.—Madrid.